

La ideología Romana del Imperio Universalista su sostenedores y detractores

Aldo A. Marino

Publicado en

Anales de Historia Antigua y Medieval

1980 - 1981, 21 y 22, pag. 319 a 327

Artículo

LA IDEOLOGIA ROMANA DEL IMPERIO UNIVERSALISTA SUS SOSTENEDORES Y DETRACTORES

por

Aldo A. Mariño
Universidad de Buenos Aires

Si bien se puede intentar rastrear los comienzos de la ideología del título en época republicana (*Polibio, Historia, Libro I: "¿Quién será tan ligero o frívolo para no querer saber por qué medios y con qué organización estatal los romanos, en menos de 53 años, han logrado ser los que están a la cabeza de casi toda la tierra habitada, poniéndola bajo un solo mando?"*, o *"Los romanos han sujetado a su gobierno no alguna parte, sino casi todo el mundo"*, o aún: *"Yo no habría narrado los hechos de los romanos a no ser porque nosotros (los griegos) no conocemos bien a los dos Estados que se disputaron el imperio o gobierno de todo, de todas las tierras (Roma y Cartago)"*), sobre todo como base ideal desarrollada a través de la asimilación del pensamiento helénico —especialmente estoico— a fin de dar fundamento especulativo "a posteriori" al hecho real de la exitosa y ubicua expansión militar de Roma, la formulación clara y madura de este programa se inicia definitivamente con Julio César, quien —no es secreto para nadie— tomó como modelo el ideal de Alejandro (Suetonio, *Los Doce Césares: El Divino Julio, Libro I, Parágrafo VII*)¹ y cuyos planes de continuar "más allá", frustrados en parte por las luchas civiles y por su asesinato, se nos revelan en su tentativa de conquista del Norte (Britannia) y del Este (su programada expedición contra los parthos), continuados —después del nuevo intervalo de las luchas entre Antonio y Octavio— con las campañas de conquista de este último y de sus familiares (Druso Senior, Tiberio, Germánico y Druso Junior), a su vez detenidas por primera oportunidad en fronteras, no fijas, pero sí funcionando como hitos momentáneos, en los tres grandes ríos Rin, Danubio y Eufrates, por causa del descalabro de Varo (9 E.C.) o por la "vejez y cansancio", tanto de Augusto como de Tiberio, como dice un autor moderno (John Cecil Mann, de Durham — Artículo "The Frontiers of the Principate", in "Aufstieg und Niedergang der Römischen Welt — De Gruyter, Berlin - New York, 1974 - II (Principat) 1, pág. 511, líneas 28 y sgtes.)²

Discute Mann, en la obra citada, si Augusto tuvo una *concepción definitiva* de esas fronteras, y, sobre todo, si la tuvo Tiberio, pero, aun observando la ac-

titud "prudente" o "conservadora y explotadora de lo ya obtenido" que parece representar éste (su orden de detención de las campañas de Germánico en el norte europeo) vemos, no obstante, que la mecánica interna del Imperio siguió, eso sí, por etapas y con altos, el objetivo de la incorporación a ese Estado de *todos los pueblos de la Tierra*, por lo menos hasta Trajano (anexión de la Mauritania bajo Cayo, de Britannia bajo Claudio, las campañas de Corbulón y el vasallaje de Armenia bajo Nerón, la anexión de los Agri Decumates bajo Vespasiano, las campañas de Domiciano contra los Chattos, y las del mismo Trajano, terminadas con la anexión de Armenia, Asiria y Mesopotamia) y que, a partir de Adriano (el primero que abandona clara y definitivamente territorios), todavía se tiende a incorporar nuevas tierras al Imperio, en casos aislados, por parte de algunos de sus sucesores (Marco Aurelio, Septimio Severo, Caracalla, Alejandro Severo, Gordiano III, Caro, Diocleciano, Juliano).

Los textos en que se formula esta ideología (tachados, por los opositores a su existencia, de mera retórica y exageración poética augustea o imperial, o bien de ilusoria y engreída prosopopeya cesárea bizantina), se pueden ejemplificar con las citas que siguen.

CITAS

¹ Suetonio - *Vidas de los Doce Césares* - El Divino Julio, Libro 1, párrafo 8: "Como cuestor, le tocó en suerte la España Ulterior (meridional), donde, cuando recorría por delegación del pretor los tribunales para administrar justicia, llegó hasta Cádiz, y allí se topó, junto al templo de Hércules, con una estatua de Alejandro Magno; se puso entonces a llorar, como enfadado de su inacción, porque no había realizado todavía nada memorable a la edad que Alejandro había sometido ya toda la Tierra, pidiendo inmediatamente un retiro para poder captar en Roma, lo más rápido posible, la ocasión de mayores acciones. Y también, porque el sueño que había tenido la noche anterior lo llenaba de confusión mientras dormía, había soñado que había cometido estupro con su madre), por lo que los adivinos, interpretándolo, le hicieron concebir las más grandes esperanzas, ya que, según ellos, la visión le presagiaba el imperio de todo el círculo de las tierras (el mundo), puesto que esa madre, que había visto sometida a él no era otra que la Tierra, que es tenida por paridora de todos los hombres".

² John Cecil Mann, Durham - Art. "The frontiers of the Principate", in *Aufstieg und Niedergang der Römischen Welt* - De Gruyter, Berlin - New York, 1974. II (Principat), 1, pág. 511, líneas 28 y sgtes.): "El valor de esta concentración de poder en un solo hombre dependió enteramente del carácter de ese individuo. Augusto, él, fue el más tradicionalista y expansionista de todos ellos: *anexó más territorio al Imperio que ningún otro romano. Y no desistió voluntariamente de esta política.* Sólo muy tardíamente se vio forzado a abandonar la expansión, debido al descalabro sufrido por Varo y sus tres legiones en Germania; se dice que impuso a Tiberio la política de contención del Imperio dentro de los límites existentes. Si esto es cierto, no sería sorprendente, visto como la opinión de un viejo preocupado y asustado cuyos dedos han sufrido una mala quemadura. Era un parecer que Tiberio, él mismo cansado de las campañas, pudo estar bien preparado a aceptar. La expansión romana se detuvo por una generación, simplemente como resultado de los efectos de una derrota en dos viejos. Esto difícilmente podría haber sucedido dentro de las condiciones imperantes en los últimos días de la República".

El ideal de César y de Augusto, en efecto, se manifestó, sobre todo, en el “entourage” de este último, formado por poetas (como Virgilio) polígrafos (como Calpurnio Sículo) o historiadores (como Tito Livio).

Como un ejemplo extraído del primer caso, se pueden citar los versos de Virgilio (Eneida, Libro I, vers. 286/87): “De esta hermosa estirpe nacerá el troiano César, a cuyo imperio *dará límite el océano*, y a cuya fama se lo darán los astros”, o los versos anteriores (278/79): “His (a los romanos) Ego (Júpiter) nec metas rerum nec tempora pono: *imperium sine fine dedi*”. O los del Libro VI (versos 791/95): “Hélo aquí, a este hombre que oíste que te había sido prometido tan frecuentemente, Augusto César, estirpe de un ser divino, que (re)fundará la Edad de Oro en los campos del Lacio donde alguna vez reinó Saturno *y que llevará adelante el Imperio más allá de los Garamantes y los Indios*” (hoy diríamos: más allá de los tuáreg y de la India, es decir, al extremo sur de Africa y al extremo este de Asia, o sea a todo el mundo entonces conocido).

En el contexto de una profecía solemne como ésta ¿se trata sólo de exageración poética o de un programa de acción bien definido? Tal vez podría pensarse en la primera posibilidad si se tratara de un único caso, pero la “idea mundial” se repite también en la Egloga IV (“ac toto surget gens aurea mundo”), y también en otros versos de la Eneida: “Tu regere imperio populos (así, en general, sin especificar regiones de la Tierra) Romane, memento. . . (Eneida VI, versos 851/53) o en estos otros, también del libro VI: “En huius, nate, auspiciis illa inclita Roma *imperium terris animos aequabit Olympo*”.

Y no es el único poeta Virgilio. Todavía, siglos después, en medio del derrumbe (siglo V) el galo Rutilio Namaciano canta aún de Roma: “Hiciste (o construiste), con distintas gentes, una patria única; hiciste una urbe de lo que antes era un mundo (orbis)”.

Tan tardíos como Rutilio hay pocos, pero, aún bajo Adriano, Plutarco se hace eco de las ideas de César en la “Vida paralela” que éste comparte con Alejandro.

Y también de mano de los mismos Césares tenemos testimonios, como los de Augusto en su testamento político: las Res Gestae, en cuyo preámbulo se hace hincapié en que el texto consigna las “res gestae divi Augusti quibus *orbem terrarum imperio populi romani subiecit*”, que, aunque fuera vista entonces como una pequeña exageración —como dice el citado Mann— no se tomaba más que como un obligado recurso retórico por el carácter de testamento de la inscripción, sin dudar de que la ocupación de lo restante del *orbis* era sólo cuestión de tiempo.

Sí, en cambio, se podría hablar de exageración (sólo justificable, de creérsela sincera, por basarse en una remota posibilidad o en una ciega fe, dadas las circunstancias) en el título de *kosmokrátōres* y otros similares de los *basileis* bizantinos. Pero no es esto todo, puesto que aún autores tan alejados de la encarnación personal de la ideología del imperio mundial como Tácito, dice en Annales, XIII, 14.6 “que Burrus y Séneca eran: *generis humani regimen exposculantes*”, refiriéndose a los dos conspicuos consejeros de Nerón. Y, ya que

mencionamos a Séneca, éste, en su obra *De Beneficiis*, III, 33.3, dice, hablando sobre Escipión el Africano (uno de los más antiguos exponentes de la idea imperial mundial romana de origen griego o alejandrino) que fue el "defensor del imperio romano, que debía *alcanzar sin rival el Levante y el Poniente*", agregando en la misma obra, más adelante (IV, 18.4) que su fin era la "*unitas generis humani*".

Es necesario, sin embargo, hacer la aclaración de que esta ideología, que es muy difícil negar atribuyéndola toda a retórica, no fue tampoco tan general como para constituirse en la meta a alcanzar por todos los Césares y pensadores o generales romanos: muchos de ellos, 1) por prudencia y "realismo político del momento", 2) porque sólo se interesaron en usufructuar o explotar, con claro carácter predatorio guerrero, el primer o conspicuo puesto alcanzado, o 3) porque, con el tiempo, la geografía de Marino de Tiro, finalmente impuesta por Tolomeo, demostró que los confines del mundo entonces conocido no estaban tan a la mano como se presentaban en la obra de Estrabón, si en el mejor de los casos, utilizado solamente como altisonante vanagloria y bambolla oficial.

Pero que perduró durante mucho tiempo nos lo demuestra el caso más patente (también atribuido por los detractores de esta posición a retórica del César que manifiesta esta ideología o del autor que narra el episodio) que es el constituido por el relato de la expedición oriental de Trajano hecho por Dión Casio (Libro 68 de la *Historia Romana* de Dión), en cuyo párrafo 29 se dice: "Habiéndose (Trajano) adelantado hasta el Océano (Indico: el Golfo Pérsico) y habiéndose instruido sobre la naturaleza de este mar, dijo, a la vista de un bajel que se encaminaba hacia la India: Ciertamente trasportaría mis armas hasta la India, si fuera joven aún. Soñaba con los indios, se informaba de los hechos o asuntos de éstos, y llamaba bienaventurado a Alejandro". Después se dirigió a Babilonia, sobre todo (párrafo 30) "por el recuerdo de Alejandro, al que ofreció un sacrificio fúnebre en la misma casa en donde había muerto". "Y a continuación (párrafo 31) partió hacia Arabia" (para anexar la parte N.O. de ésta).

Como se ve claramente, la política de Trajano intentó ser tan universalista como la de César (ambos, imitadores del, o inspirados en el antecedente de Alejandro).

LA MEDIATIZACION O TORSION DE LA META SUPREMA

El advenimiento de Adriano es el primer hito realmente importante de esta involución. En efecto, ninguna fuente antigua (Dión, Eutropio, *La Historia Augusta*, o sea Elio Esparciano, y hasta el resumen de Sexto Rufo), dicen que Adriano abandonara *momentáneamente* las provincias asiáticas conquistadas

por Trajano, atendiendo a la dificultad de retenerlas entonces, e incluso añaden que intentó, por los mismo. motivos, abandonar la Dacia. Eutropio y Sexto Rufo hablan de abandono por celos de la gloria de *su predecesor*. Las principales (Dión y Esparciano) hablan de conspiraciones de generales de Trajano o de ajusticiamiento preventivos de éstos ante el gran poder que habían adquirido, pero, a pesar de hablarse del “affaire” de los generales prácticamente a continuación del abandono de las tierras que ellos habían duramente soportado tener que domar (sublevaciones incluidas), junto con los ejércitos de Trajano, no se establece un nexo claro entre los dos hechos. Se habla de la mesura y el espíritu práctico de Adriano, de su política sabiamente pacifista, de su madurez intelectual, etc., etc., y pocos (por ejemplo, León Homo, *Histoire Romaine*, Tome III, pág. 477, de la *Histoire Ancienne*, en *Histoire Générale*, de la P.U.F., París, 1941) dicen algo como: “Hadrien ne manquait pas d’ennemis, notamment dans le haut Etat major”, dando algún atisbo de la sorda oposición que, entre los que lucharon junto a Trajano para incorporar militarmente nuevas tierras al “imperium orbis terrarum” se levantó contra el nuevo emperador, más prudente y razonable tal vez, pero menos romano y más circunscripto en sus metas últimas —conseguir organizar una especie de gran reino helenístico, y nada más—, que, justificarse como se justifique, representó el comienzo del fin.

Además, y aunque su presunto pacifismo le haya granjeado un alto grado de simpatía a través de la historia, alguna de las fuentes dice que Trajano no pensaba dejar el trono a Adriano, sino al jurisconsulto Neracio Prisco (Esparciano), que Adriano estaba celoso de la gloria de su predecesor (Eutropio); lo mismo dice otro, “que envidiaba la gloria de este príncipe” (Sexto Rufo), y el mismo Dión, en el libro LXIX de su *Historia*, en que relata el reinado de Adriano, comienza narrando la intriga con que subió al trono, según el testimonio de su padre Aproniano, mediante un fraude o varios elucubrados por los familiares del difunto emperador, que, aunque sólo fueran ciertos en parte, darían pie, ante el disgusto frente a su política exterior, para un entendimiento entre los generales, y no para una conspiración tardía por vaya a saber qué intereses subalternos.

Más que los que se hacen eco de las escuálidas motivaciones que nos presentan los autores antiguos (uno, Esparciano, citándolas “sine commentario”; el otro, Dión Cassio, con un matiz de duda) se acerca a buscar otras motivaciones Thornton, M. K. (Tallahassee, Florida, EE.UU.), cuando explica (*Aufstieg und Niedergang der Römischen Welt*, II, *Principat*, 2 pág. 435/36 - Berlín - New York, De Gruyter, 1975): “El nuevo emperador (a diferencia de su predecesor Trajano, con su expansionista visión del imperio) quería reducir la extensión del imperio a una unidad manejable y bien organizada dentro de la cual él podría mantener la paz. Durante el ascenso de Adriano al trono los países conquistados por Trajano estaban ya en plena revuelta. Por ello, Adriano propuso abandonar todas las tierras allende el Tigris y el Eufrates y, por añadidura, hasta el territorio de la Dacia. Encontró oposición a su propuesta de retirarse de Dacia¹ en dos grupos de personas: su propio Consilium, y los generales de

¹(¿Y del Oriente?).

Trajano. Para aplacar al Consilium, con el cual era esencial para sus miras imperiales que él cooperase, Adriano cambió de táctica con respecto a Dacia y mantuvo el control sobre el país. Fue persuadido a mantener Dacia porque sus *amici* de la comisión de consulta le hicieron ver que tenía la obligación moral de no abandonar a merced de los bárbaros a los muchos romanos que se habían afincado en el país (Eutropii Brev. 8.6.2.: Idem de Dacia facere conatum amici deterruerunt, ne multi cives Romani barbaris traderentur, propterea quia Traianus, victa Dacia, ex toto orbe Romano infinitas eo copias hominum transtulerat ad agros et urbes colendas) .

“El emperador, por otra parte, no podía tolerar *la oposición de los generales*, un influyente grupo de hombres de rango consular, capaces de frustrar la meta mediata de Adriano de mantener el imperio dentro de una *coalescencia manejable*. El biógrafo de la Historia Augusta nos habla de un complot de los generales para asesinar al emperador. Ante las circunstancias de la oposición a su política de retracción y de un complot contra su vida, probablemente Adriano sintió que no tenía otra alternativa que conceder que la ejecución de los consulares se consumara. . . Pero, dado que los ajusticiamientos encajaban tan bien con los planes de Adriano, es difícil dar crédito a su completa inocencia con respecto a estos hechos. No pudimos ser convencidos por el testimonio de la Historia Augusta de que Adriano era un hombre clemente (Hadr. 5.5: Tantum autem statim clementiae studium habuit). Dión atestigua sucintamente que los complotados murieron porque poseían demasiada influencia y riquezas.

La principal razón de Adriano para ejecutar a cada uno de ellos parece basarse en la posibilidad de los mismos de interferir en sus planes de reorganización del Imperio. Si esto es cierto, *la influencia de los generales pudo fácilmente haber sido la causa de su muerte*”.

Como se puede claramente observar, Thornton se acerca a sospechar una conexión entre la muerte de los generales consulares y *su posibilidad de interferir en los planes de Adriano de reorganización del Imperio*. Y, en efecto, si, como dice Esparciano, Nigrino (Caius Avidius o probablemente Caius Domitius Nigrinus), aparentemente el jefe de la conspiración, era *el sucesor designado de Adriano*³, y los otros tres (Quintus Lusius Quietus, Aulus Cornelius Palma y Lucius Publilius Celsus) eran todos varones consulares —sumándole el ascenso de Adriano al trono por voluntad de Plotina y su “entourage”⁴—, la sustitución de Adriano por Nigrino habría sido viable, pero. . . ¿Sólo por vengar la burla hecha a la voluntad de Trajano, o por ambición personal, inseguridad de llegar a la sucesión o temor hacia Adriano, en el caso de Nigrino? Es creíble que algo más debió unir a cuatro personajes de primer rango, los cuatro identificables con la política imperial de Trajano, y eso sólo pudo serlo la voluntad de salvar la idea de un Imperio Romano universalista, apartándolo de la contención en una medianía o parcialidad neohelenística —aún con todo el valor de núcleo de una cultura mundial que ésta pudiera alcanzar— a la que lo quería condenar Adriano.

Por supuesto, para un pacifista, estos cuatro personajes pueden ser o parecer odiosos. Estos “señores de la guerra, semibárbaros como Lusio Quieto, o

Palma, el represor, no representaban, sin embargo, la mayor justificación del Imperio Romano? En efecto, el militarismo romano tenía su mayor justificación en el “regere imperio populos *pacisque imponere mores*”, una paradoja histórica más: que un Estado militarista (es decir tradicionalista, jerarquista, estrechamente reglamentarista y represor), tratara de conseguir, por medio de la GUERRA, “imponer en todo el mundo las costumbres de la PAZ”, o sea, evitar, tal vez permanentemente, las luchas entre macrotribus humanas que todavía nos afligen. No lo logró. Fracasó, incluso internamente, por su deficiente estructura, hija de la época y de la soberbia —por otra parte, más franca que otras— estructura que favoreció las luchas por el trono, las sociales, las civiles, las serviles, etc. con lo cual la paz tampoco existió —salvo en contadas excepciones— dentro del Imperio mismo. Pero —y esto es lo más importante— como república, monarquía, criptomonarquía, monarquía militar o dominado, el Imperio Romano fue y es el máximo antecedente con que contamos en nuestra experiencia humana de unificación universal —y siempre que se intenta, en algo se vuelve a él—, y eso, a grandes rasgos y con algunas reiteraciones posteriores, precisamente *hasta* Adriano.

En efecto, los otros “imperios” fueron y son hegemonías de una nación o dinastía nacional sobre las otras, hegemonías con tendencia hacia la expansión total pero no universalistas en cuanto tendientes a que todos los pueblos queden incorporados, sin perder su ser nacional, a un Estado en el que alguno de sus hijos pudo ocupar el mando supremo, salvo contadas excepciones (la más significativa: los judíos).

El Imperio Romano no constituyó, pues, salvo tal vez en sus primeros momentos, una hegemonía étnica excluyente. Fue romano hasta el comienzo del primer siglo antes de la E. C. e ítálico (e incluso, si nos atenemos al origen de los emperadores del siglo II, ítalo-hispano, ítalo-galo, etc.) hasta fines del siglo II, pero, a partir de entonces, la mayoría de sus pueblos integrantes contó con un representante en el trono, por supuesto con el rótulo de ciudadano romano.

Más aún: ¿Qué imperio permitió que se encaramaran al primer puesto autocrático gentes identificadas con los peores enemigos de su historia, como Septimio Severo y Caracalla, de los cuales, según Herodiano (4, 8, 6) el primero levantó un monumento sepulcral a Aníbal en Líbyssa, el sitio de la muerte de éste, situada al oeste de Nicomedia (Herekeh) y el segundo una estatua conmemorativa en el mismo monumento?

Pero, volviendo a su trayectoria posterior a Adriano, si un Imperio ha perdido su universalismo ¿de qué le sirve a un galo o a un hispano? ¿Para pagar el doble de impuestos a fin de mantener una burocracia mayor o defender fronteras lejanas? ¿Para quedar a mitad de camino, sin paz ni libertad, sin seguridad ni equidad, hasta que los que no terminaban muertos o despojados huyeran —como dice Salviano— “a refugiarse entre los bárbaros o los bagaudas”?

Ese Imperio pereció por la muerte de su impulso y de su credibilidad —por lo menos en Occidente—, pero, sin embargo, el recuerdo de su aventura universalista sufrió y sigue sufriendo múltiples avatares históricos en su antiguo ámbito de influencia: el imperio carolingio, el de los Otones y el de los Staufén, el

imperio de los Austrias y ¿por qué no? el de los zares y, en su versión islámica, el de los osmanlíes herederos de los basileis, incluido el de Napoleón y, en su versión aparentemente desarmada, pero contando indirectamente siempre con ejércitos de aliados, el de los papas romanos. Todos ellos lo tuvieron por inspirador, a fin de sojuzgar toda la Tierra para alcanzar una hipotética era de paz que aún no ha llegado, pero que el Imperio Romano estuvo más próximo a alcanzar que cualquiera de ellos, con su relativa superación de los horizontes estrechamente nacionalistas.

NOTAS

³ Historia Augusta, Esparciano, Adriano 7: "Nigrini insidias, quas ille, sacrificanti Hadriano, conscio sibi Lusio et multis aliis, parauerat, *quum eum etiam successorem sibimet Hadrianus destinasset*, euasit. Quare Palma Terracinae, Celsus Baiis, Nigrinus Fauentiae, Lusius in itinere, senatu iubente, inuito Hadriano (ut ipse in Uita sua dicit) occisi sunt". "Escapó de las asechanzas de una conspiración que debía estallar durante un sacrificio, y que Nigrino, destinado por Adriano para que le sucediera, había tramado con Lusio y otros descontentos (sic). Palma fue condenado a muerte en Terracina, Celso en Bayas, Nigrino en Favencia, y Lusio mientras se encontraba en camino, todos por orden del Senado y contra la voluntad de Adriano, como él mismo dice en sus memorias". (Historia Augusta, Trad. de Fco. Navarro y Calvo, Tomo 1, Madrid, Vda. de Hernando y Cía., 1889).

Dion Casio, Historia Romana, Libro 69, 2: "Los que fueron muertos al comienzo (de su gobierno o reinado) fueron: Palma, Celso, Nigrino y Lusio: éstos, diciendo que por haber querido atentar en una cacería contra él: aquéllos, por otros crímenes de que se los acusaba, como haber adquirido un gran poder, muchas riquezas y una gloria brillante, y Adriano sintió tanto haber levantado murmuraciones con estas muertes, que intentó justificarse y juró que no había ordenado la muerte de esos personajes".

⁴ Dión Cassio, Historia Romana, Libro 69, 1: "Adriano no fue adoptado por Trajano; eran originarios del mismo municipio y Adriano había tenido a Trajano por tutor; estaban emparentados y el primero se casó con la sobrina del segundo, Adriano estaba continuamente con Trajano y compartía su vida, obtuvo la administración de Siria en la guerra contra los parthos y, sin embargo, no recibió ningún honor particular ni fue siquiera cónsul en los primeros momentos del año, pero Attiano, ciudadano del mismo municipio que Trajano y tutor de Adriano, cuando Trajano murió sin hijos, al igual que Plotina (la mujer de Trajano) que estaba enamorada de él, lo nombraron César y emperador, porque estaba cerca y comandaba un gran ejército Aproniano, mi padre, que fue gobernador de Sicilia, estaba muy bien informado de los asuntos de Adriano: fue él quien me relató todo esto en detalle y, entre otras cosas, que la muerte de Trajano fue mantenida oculta durante varios días, a fin de que la noticia de la adopción se expandiera antes públicamente. Una prueba de este fraude es que la carta escrita al Senado con este motivo fue firmada, no por Trajano, sino por Plotina, cosa que ella no había hecho en ningún otro caso".